

Florian Vlashi II: Orquesta Sinfónica de Galicia

Paco Yáñez

Recomendar 30

0

E-MAIL

IMPRIMIR

COMENTARIOS



Florian Vlashi
© Florian Vlashi

En la primera parte de nuestra entrevista con el violinista y director Florian Vlashi (Durres, 1963), el músico albanés profundizó en diversos aspectos sobre la historia, la cultura y la música de su país natal, así como en el itinerario que lo llevó desde Albania hasta A Coruña, ciudad en la que desarrolla la mayor parte de su actividad musical.

En esta segunda parte, Florian Vlashi analiza la situación de la Orquesta Sinfónica de Galicia, una formación que durante años ha estado considerada entre las mejores de España, y que en la actualidad se enfrenta a un inminente proceso de transición en su dirección musical, con numerosos retos pendientes de cara a su evolución artística.

Paco Yáñez. Como miembro de esa que llama "otra familia", la Orquesta Sinfónica de Galicia, durante casi 20 años, ¿cómo valora la evolución de esta formación en las dos últimas décadas?

Florian Vlashi. Desde dentro es difícil darse cuenta de la dimensión real del proyecto que es la OSG. Desde las butacas se ve todo mucho más claro que desde los atriles. La mejor valoración la puede dar el público y los directores invitados. Para grandes figuras como Krzysztof Penderecki o Gennady Rozhdestvensky es una orquesta de la más alta categoría. Viendo la trayectoria año tras año, el repertorio, los estrenos, su discografía para sellos como EMI o Decca, o las salas donde hemos tocado, yo diría, usando un término musical, que la trayectoria de la OSG es un *crescendo* continuo y eso gracias al trabajo y al esfuerzo de todos. Es verdad que en ese camino hubo momentos de cansancio o de rutina, pero eso es normal; la orquesta es un instrumento vivo, un instrumento de precisión, pero con inteligencia y sentimiento. Un instrumento humano.

P. Desde hace años considero que la Sinfónica de Galicia necesita aire nuevo, una renovación que parta desde una dirección musical que muestra serios indicios de agotamiento. Esta posición parece compartida por muchos músicos, algo que ha generado una corriente de opinión cada vez más fuerte en este sentido. ¿Qué se respira dentro de la formación?

R. Hay una genial película de Fellini, *Prova d'orchestra*, donde trata la orquesta como un micromundo, como un espejo de la sociedad actual. En la orquesta de Fellini están todos los personajes de nuestros días con sus pasiones, miedos, idioteces, ideales, intereses, frustraciones, amores..., creando así una escena caótica que viene poco a poco degenerando en caos hasta que, al final, aparece un gigantesco globo que rompe las paredes de la iglesia donde se ensayaba... La película tiene muchas lecturas contradictorias. Fellini nunca habló de su filme más austero, pero el acento alemán del director al final nos aclara bastantes dudas.

Una buena orquesta, como la nuestra, se distingue en dos puntos importantes: en su alto nivel profesional y en su disciplina absoluta. Es lo más natural y enriquecedor que haya dentro de su colectivo un vivo debate sobre cómo mejorar el trabajo. Pero al final, todos afinamos los instrumentos con el La a 441 Hz del oboe.

Para mí, en la orquesta, como en la vida, se pasa de una etapa a otra. Lo importante es que ese paso sea sin tropiezos ni traumas, volviéndonos más inteligentes a través de los errores. Yo no lo llamaría "agotamiento", aunque la palabra no me asusta. Lo llamaría "crecimiento".

La renovación le viene bien a cada orquesta. Sin duda alguna, todos estamos de acuerdo con esto, incluso el director artístico. Pero hay un punto importante por solucionar: ¿quién será el nuevo director en la siguiente fase? Personalmente creo que la salida de un director es

más importante que la llegada o, por lo menos, igual. La compararía con el despegue y el aterrizaje de un avión. Son los dos momentos más delicados del trayecto. Hay que poner los cinturones, música dulce de fondo, saber dónde están las máscaras de oxígeno y... ¡suerte!



Florian Vlashi en el Musikverein de Viena, antes del concierto de la OSG (diciembre 2009)

P. La crispación que creó la publicación de una encuesta interna sobre la continuidad de Víctor Pablo Pérez; su reciente prórroga de dos años con visos de tutela sobre la designación del próximo director musical; los últimos enfrentamientos públicos de los directores de la Joven Orquesta con la gerencia...; parece que las fracturas se multiplican. ¿Qué soluciones cree se pueden adoptar ante esta situación?

R. Personalmente me duele que, de cara al público, demos la impresión de una institución con fracturas y enfrentamientos internos, lo cual no es cierto. Además, según Churchill, las encuestas son como los bañadores: son interesantes por lo que descubren, pero más interesantes por lo que esconden. Bromas aparte, nuestra encuesta demuestra que el colectivo goza de una excelente salud. Me dolió que saliese poco después de la exitosa gira de la OSG, eclipsando así el memorable concierto de la Sinfónica de Galicia en la Musikverein de Viena, todo un hito para cualquier orquesta de primera categoría.

Tampoco me gustó que se hablara más sobre lo que dijo el director de la Joven Orquesta después del concierto con el micrófono en la mano que sobre lo que él hizo con la batuta en mano. Fue, sin duda, un excelente concierto y un gran trabajo de los jóvenes y de sus directores. En la Joven Orquesta hay todavía mucho que mejorar y no solamente al final de los contratos, sino desde el comienzo: en la convocatoria para seleccionar a los dirigentes.

¿La solución? Nuestra Sinfónica ya ha pasado la edad de la adolescencia, es madura y mira hacia el futuro. Esto no es un hundimiento, y si lo fuera, por los tiempos que corren, tenemos que seguir el ejemplo de la Wallace Hartley Band o, como se la conoce, la "Orquesta del Titanic".

P. La OSG anuncia que abordará un ciclo Schumann este año, que ejecutará la integral de los *Conciertos para piano* de Beethoven, que habrá conmemoración del centenario de Mahler; pero, paralelamente, se han obviado multitud de fechas relacionadas con la música contemporánea, entre ellas el cincuenta aniversario de Enrique X. Macías, un compositor gallego que la OSG tiene en repertorio y hasta grabado en compacto (Miso Records MCD 007). ¿Cómo cree que afecta a la formación musical del público este ensalzamiento continuo de los compositores del pasado al tiempo que se silencia a los grandes maestros de la actualidad?

R. Esa pregunta, para una persona a la que le apasiona la música moderna, tiene una respuesta muy clara. Las programaciones de hoy en día Boulez las llamó "esclerosis musical". Todos los grandes centros musicales, en mayor o menor medida, buscan el público. Estoy seguro de que la pesadilla de cada gerente es el abucheo del público o la sala vacía. Yo entiendo ese terror, que tiene que ver con un mecanismo social muy complejo, bajo la sombra de un monstruo llamado mercado.

Hay dos tipos de artistas: uno que va detrás del público y otro que le enseña el camino al público. El primero parece cómodo y el segundo arriesgado. En realidad, creo que es lo contrario: son los del primer grupo arriesgando. El público, en esta búsqueda obsesiva por

su parte, se transforma en el Moby-Dick del artista.

Conocí a un gerente que medía con cronómetro en mano la duración de los aplausos. ¡Por Dios!, si fuera por el cronómetro ¿cuántas obras maestras estarían en la basura hoy?, icasi todas!, porque en todas ellas el público reaccionó con escepticismo. Recuerdo las críticas a Mozart, el abandono de la sala en el estreno de la *Novena* de Beethoven, los periódicos de Viena sobre el estreno del *Concierto para violín* de Chaicovski, el escándalo de *Le Sacre du Printemps* de Stravinsky en París, hasta que Schönberg, harto de las burlas del publico, creo la "Sociedad Privada de Conciertos", donde, entre otras cosas, se prohibían los aplausos (algo fatal para nuestros personajes de cronómetro en mano). Y ojo, el hecho de que muchas obras maestras fracasaran en su estreno no quiere decir que cualquier obra fracasada sea maestra.

Yo creo en un público inteligente, abierto y sin complejos, aunque sea en menor número. Todo empieza por la educación. En un concierto sobre música moderna que hice para los niños, me sorprendió lo bien que se lo pasaban con *Mikka*, de Iannis Xenakis, imitando sus *glissandi* de violín moviendo una linterna con la que proyectaban luz en una pared. Ellos se divierten. "A los niños les gusta porque no están contaminados", me dijo un día Paolo Pinamonti cuando me vio con mi hijo en el concierto de Mauricio Kagel, en el Festival Mozart 2008.



Concierto "Los niños y la música moderna" con obras de Bartók, Berio, Xenakis, Cage, Quiroga...(MACUF, A Coruña 2008)

P. Habla usted de los niños, con los cuales tiene experiencia como músico y como padre, y de su falta de prejuicios, pero parece que en los conservatorios la música contemporánea sigue siendo la gran ausente. ¿Qué podríamos hacer al respecto, conociendo esa abierta receptividad de los chicos y la importancia de estas disciplinas de cara a no quedarnos descolgados en un futuro ya presente?

R. Es un tema de importancia capital. Todo lo que tiene que ver con la educación se empieza a una edad temprana. Como consecuencia, también la educación hacia lo moderno, aprovechando la aceptación sin prejuicios de los niños. Curiosamente, ellos se identifican más con un cuadro de Miró que con cualquier clásico.

Bartók escribió los *44 Dúos para dos violines* hace 80 años. Estas piezas, junto con el *Mikrokosmos*, tenían una función didáctica. Me atrevería a decir que son piezas más difíciles para los mayores y más fáciles para los niños. «Es que a los mayores hay que explicarle todo», piensa el Principito.

La lista empieza desde Bach, que escribía piezas para sus alumnos, hasta Prokofiev, Kurtág o Berio. En el catálogo *10 Ans avec la musique du XX siècle*, del profesor Nicolas Brochot, de París, se introducen un total de 823 obras de autores contemporáneos para empezar desde los primeros cursos. Depende mucho de los profesores de los centros. Ellos pueden encargar obras nuevas a los compositores, una práctica que ha dado muchos resultados en otros centros europeos. El mismo Bartók escribió los *Dúos* en 1931 por petición del famoso profesor alemán Erich Doflein, gran visionario y protector de la nueva música.

P. En este sentido, otro de los temas que encuentro preocupantes, y en grado extremo, es la elevadísima edad media que suele presentar el público de la OSG. Si por el extracto de edad nos fiásemos, podríamos hablar de una casi total desconexión de la música culta con la

juventud de A Coruña. ¿Cómo podríamos acercarlos a las salas?, porque está claro que tenemos un grave problema de cara al futuro, por más que los porcentajes de asistencia de esta orquesta sean de los mejores de España.

R. Seamos realistas: los conciertos de nuestra Sinfónica no pueden hacer la competencia a Lady Gaga o a Beyoncé. Sería una guerra perdida, como lo es la del libro contra la televisión, la del museo contra el estadio, la de Adriá contra los McDonald's, la de Armani contra los chinos, la de mi carpintero Juan -que es un artista- contra Ikea, la del Arte contra lo kitsch...

Entrando en la lógica de Alessandro Baricco, estaría de acuerdo con que si algo se vende mucho, es que vale poco. Pero si se trata de acercar al público nuevo, eso ya es complicado. Veo que, por desgracia, mientras los museos están abriéndose, organizando conciertos y otras actividades, las salas de conciertos cada día se parecen más a los museos, representando a los artistas muertos.

Yo no soy nadie para tener la 'fórmula mágica'. Grandes hombres inteligentes continuamente dan sus fórmulas: para Barenboim, el arte siempre ha sido para unos pocos; para los elegidos, según Nietzsche; hay que buscar espacios abiertos, escribe Peter Brook. La clave estará en una fusión entre la música pop y la clásica, intuye Alex Ross. Transmitir la cultura por los medios que más quieren los jóvenes -los videojuegos-, recomienda Punset... Yo me quedaría con Nietzsche, sin descartar ninguna otra opción de apertura. Un día, viendo los retratos de Haydn y Beethoven, me llamó la atención la gran diferencia entre la peluca de uno y la gran melena leonina del otro. Qué arrogante cambio de apariencia... Quizás por allí haya que empezar, tirando las 'pelucas'...



Florian Vlashi con Michael Nyman, durante los ensayos con la OSG (enero 2011)

P. Escuchando la convicción de sus ideas al respecto, me pregunto ¿en qué medida se consulta a los músicos de su orquesta sobre cuestiones de programación?

R. ¡Prácticamente nada! Eso depende principalmente del director artístico y de la gerencia, y luego de las propuestas de los directores invitados, de los solistas, de las fechas, del aniversario de un autor, de la plantilla, de la lista de estrenos, etc. Es una maquinaria compleja. Yo, en alguna ocasión, he hablado con Víctor Pablo Pérez o con Oriol Ponsa sobre el repertorio moderno. Ellos están muy sensibles con la reacción del público y quieren ir poco a poco.

De todas formas, no estaría mal escuchar la opinión del comité artístico y, sobre todo, la opinión de los músicos en la elección del director. Sé que no es una práctica común en las orquestas de hoy, pero tenemos el ejemplo de la Filarmónica de Berlín, que en 1882 se rebeló por no querer ganarse la vida entreteniendo al público a la hora del café; tocaron en principio en una pista de patinaje y pusieron la condición de elegir siempre a su director. Esa ambición les abrió el camino para llegar a ser la mejor orquesta del mundo.

P. Habla usted de sensibilidad con respecto al público por parte de los dirigentes de la OSG,

pero en las escasas ocasiones en que se han programado obras con cierto riesgo en A Coruña no se han dado casos de abandonos masivos, abucheos o alborotos. ¿No se estará utilizando al público como excusa en una reiterada falacia que tiene más de conservadurismo y comodidad por parte de esos gestores?

R. No creo que sea cuestión de ninguna falacia en absoluto, sino, simplemente, de convicciones. Incluso Karajan, al contrario que Boulez o Maazel, en sus 800 grabaciones y más que 200 millones de discos vendidos, incluyó un escaso número de autores contemporáneos; por desgracia o no. A lo mejor, sus incursiones en la música nueva serían tan cuestionables hoy como lo es su repertorio barroco.

En cuanto al público de A Coruña, nunca me canso de agradecer su apoyo. Me emociono cuando veo a una parte de él asistiendo a nuestros conciertos fuera de España; son nuestros 'hinchas' incondicionales. Es cierto que es muy abierto y, alguna vez, siendo al mismo tiempo muy educado, cuesta saber exactamente sus gustos. Nosotros, los intérpretes, tenemos el oído bien afinado para recibir los 'mensajes' que esconden los aplausos. Hay aplausos de admiración, generosos, apasionados, fríos, irónicos, obligados, correctos, agradecidos, esnobistas, críticos, aplausos que te llenan de energía y de ilusión, o aquellos que te duelen y deprimen... Existe un sinfín de matices en ese ruido de manos. Hay que saber escucharlos, descifrarlos.

Este artículo fue publicado el 09/02/2011